



### CAPITULO XIII

#### De cómo Inés, habiéndose quedado á obscuras, comenzó á tropezar.

**P**OR aquellos días hubo en Sevilla una inundación espantosa. El Guadalquivir salió de madre causando enormes perjuicios, y dejando á muchas familias en la miseria. Apenas el río se encerró en su cauce natural y las calles se pusieron transitables, Inés comenzó á preparar un concierto para contribuir con el producto que de él sacara al socorro de los anegados. Terminado éste, le ocurrió otra idea.

Como estaban en cuaresma, le pareció de perlas dar unas cuantas funciones de teatro, representando en ellas la comedia de la Pasión. Porque, como ella decía, ya que no podía restablecer la piedad y el recogimiento propio de aquel santo tiempo de penitencia; ya que los mundanos no querían asistir á los sermones, ni dejar de divertirse en cuares-

ma, sería muy conveniente que por lo menos celebrasen la santidad del tiempo jugando y divirtiéndose con las cosas santas, ¡con la Pasión de Jesucristo, nada menos! ¡Horrible fué este primer tropezón, que dió Inés! Como se había quedado á obscuras, empezó á correr y pasó de la intransigencia santa á la cobarde mesticería, y se hizo partidaria del mal menor. Menor mal le parecía á ella ver que las gentes se divertían con la Pasión sacratísima de Cristo, que verlas retiradas en sus casas, ó divirtiéndose con otras cosas menos vengrandas; pero un relámpago de luz cruzó por su mente iluminando un instante aquellas tinieblas, y entonces vió que era mucho peor reirse y divertirse con los objetos sagrados que retraerse de ellos por miramiento, respeto ó indiferencia. . . . ¡Ni por ésas! Inés no desistió.

El segundo tropezón no fué más pequeño. Con el mismo objeto que de jo indicado, dióse una velada musical y literaria en el teatro Real, donde había de hablar, invitado por las señoras del *círculo piadoso* un orador célebre, recién llegado por aquellos días á la capital de Andalucía. Era Castelar, apóstol de la democracia, testafarro de la república, político funesto, fabricante de heréticos discursos, propalador de ridícu-

las patrañas, traficante de verdades y charlador sempiterno. Este lorito que charlaba mucho sin saber lo que decía, dedicó sendos párrafos de su discurso á elogiar la abnegación de las damas sevillanas, que inspirándose en el espíritu *democrático* del Evangelio, deponían su altivez de raza para tender una mano benéfica al pobre desharapado y hambriento. Luego habló de la influencia de la mujer en la sociedad y del bien que podían hacer en el mundo, apoyadas por el hombre. “Porque—decía él—¿qué será de esa bella flor que llamamos mujer, si no la sostiene y le da vida el robusto tallo? ¿Qué será de esa vid fecunda, si no está enlazada al olmo para que la sostenga y le ayude á tener suspensos en el aire sus apiñados racimos? Esa flor se secará, y esa vid no dará fruto; y de darlos no llegarán á sazón.”

Aquella era la primera vez que Inés oía un orador profano; y como estaba acostumbrada á escuchar con docilidad y respeto los sermones á que asistía, dispensó el mismo honor al galiparlante D. Emilio. Más todavía, lo escuchó como á un oráculo, y tomó sus palabras como inspiradas de Dios. Es verdad lo que ha dicho Castelar,—pensaba ella.—Yo sola no podré hacer en el mundo todo el bien que deseo. Para ir á cual-

quier parte una joven como yo, necesita que la acompañe su padre ó su madre ú otra persona de respeto. En el presente estado no tiene una representación alguna para nada, ni goza de libertad, ni puede ponerse al frente de cosa ninguna, sin ser notada y tenida de todo el mundo por un marimacho. ¿Si tendría razón mi padre cuando me dijo que en casándome podría hacer mucho bien, porque sería dueña de mi persona y de grandes riquezas? . . . . ¡Jesús! añadió: ¡Ave María purísima! ¿Yo casarme? ¡no, no! ¿Qué diría Mamá? ¿Qué diría el mundo?

No vayas á creer, cándido lector, que estas últimas palabras se las inspiró él gusanillo de la conciencia, porque no es así: que éste se había encerrado en su capullo como gusano de seda. Otro bicho que ella tenía en su cabeza, veleidoso y liviano como una mariposa, era el que solía ponerse en contestaciones con ella. Esta nueva mariposa era un reclamo del demonio ó poco menos: porque al ver los aspavientos de Inés á la primera idea de casorio, comenzó á decirle con mucha dulzura: Cásate, mujer, y no seas tonta. ¿No ves que por todas partes te rodean necios amadores? ¿No ves las miradas de lascivo fuego que unos y otros te dirigen? ¿Y no te parece indigno de tí estar inspirando torpes de-

seos á esa juventud masculina que te rodea por todas partes? ¿Hasta cuándo vas á ser objeto de mezquinas y viles pasiones? ¿No ves que es menor mal casarte que vivir como vives? Inés reflexionó un momento y exclamó: Tiene razón . . . . . Es verdad . . . . . Me decido á . . . . .

Antes de pronunciar la última palabra, el gusano del remordimiento despertó alborotado y gritando: No! ¡no! ¡no! y como te cases ¡ay de tí!

Esto pasaba al día siguiente de haber oído ella á Castelar: serían entonces como las tres de la tarde: y fué tal y tan mala la impresión que le causó á Inés la amenaza del gusanillo, que en toda la noche siguiente no pudo dormir. Después de una semana de insomnios, y de muchos días de mal humor, y de un mes de incertidumbres y dudas, buscó un remedio para tranquilizarse. Se acordó de su amiga Flora, la cual había profesado hacía ya muchos meses. Inés fué invitada para la fiesta como madrina, y deseó ir, y hasta pagó la función que se hizo; pero ella no asistió, porque se lo impidieron los negocios de su *círculo piadoso* recién fundado; y primero era la obligación que la devoción como ella decía:

Trató, pues, de consultar el asunto con aquella excelente religiosa, parecién-

dole que si Flora lo aprobaba, se quedaría tranquila. Para hacerlo más despacio sentóse en su mesa y escribió una carta de tres pliegos muy bien pensada, comunicándole á su antigua amiga al estado de su alma, las dificultades de su vocación, las inspiraciones (así las llamaba ella) que sentía, las circunstancias en que se hallaba, etc., etc.; pero puesto con tal maestría á manera de argumentos, que de todas las premisas se deducía lógicamente esta consecuencia: Si no es lo mejor, es lo que más conviene . . . . . Puedes casarte tranquilamente. Cerró la carta y llamó á Prudencia para que se la llevara á Flora, y se la diera en propias manos: de lo contrario, le encargó que se la trajera. Al irse Prudencia, quedóse Inés murmurando: Después de todo, si su respuesta es satisfactoria me tranquilizará; y si no . . . . . ya veremos.

Flora recibió la carta, y después de pasar la vista por la primera plana con grandísima pena, le dijo á la criada: Espere V. un momento. Subió á su celda, y bajó inmediatamente con un sobre cerrado que entregó á Prudencia diciéndole: Dígale usted á la señorita Inés, que me acuerdo mucho de ella, que por ella ruego, y por ella lloro y por ella me mortifico.

Partió la criada con el recado, que

dejó en la mesa de Inés, porque ésta había ya salido á sus negocios. Cuando volvió y halló la carta, abrióla precipitadamente y se quedó fría al ver que no era más que de una hoja escrita por un solo lado. La carta de Inés á Flora no ha llegado á mis manos, porque Flora la rompió apenas la hubo leído; y es lástima grande que lo hubiera hecho así, porque si la hubiera conservado pudiéramos admirar hoy toda la finura, toda la agudeza, todo el ingenio, ó por mejor decir, toda la astucia y toda la sofistería de una casquivana de diez y ocho años que, al pedir un consejo, presenta delante un montón de argumentos, para que le digan lo que ella desea y nada más. La que sí ha llegado á mi poder por una feliz casualidad es la de Flora á Inés que decía de la siguiente manera:

Queridísima Inés:

*Dichosa, si te retiras  
De ese mundo engañoso,  
Y escondida en tu interior,  
¡Sólo á ser perfecta aspiras!*

GLOSA

Dichosa serás, si viendo  
Del mundo infel los engaños,

A fin de evitar sus daños  
De él te apartas huyendo.  
Dichosa si conociendo  
Del mundo vil las mentiras,  
A salvarte sólo aspiras,  
Dándole el adiós postrero:  
De ese mundo lisonjero  
*¡Dichosa si te retiras!*

Dichosa tú, si olvidada  
Del mundo y su vanidad  
Buscas en la soledad  
Vivir á Dios consagrada.  
Dichosa, si retirada  
De tu casa en lo interior  
A Dios consagras tu amor  
Y le procuras servir,  
Sin dejarte seducir  
*De ese mundo engañoso.*

¡Oh qué dichosa serías  
En el claustro silencioso!  
¡Oh cuánto al Divino Esposo  
Aquí feliz amarías!  
¡Oh cuánto gozarías  
Con este amable Señor!  
Pero ya que tal favor  
Hoy no puedas conseguir,  
Procura con él vivir  
*Escondida en tu interior.*

Dichosa en fin si careces  
De todo lo que embaraza,

Si el amor de Dios te abrasa  
 Y nada más apetoces;  
 ¡Dichosa mil y mil veces  
 Si sólo su amor respiras!  
 Dichosa, si siempre aspiras  
 A vivir toda endiosada,  
 Y de ese mundo olvidada  
*Sólo á ser perfecta aspiras.*

Tu amiga del alma que mucho te quiere,

SOR FLORA DE SAN JOSÉ.

Flora era aficionada á la poesía, y al ver que Inés no pareció por el convento el día de su profesión, y al saber lo metida que andaba en el mundo, se compadeció de ella y le escribió estos versos con ánimo de enviárselos, á ver si la confirmaba en su vocación; pero temió pecar de imprudente y los guardó. Viendo pues que ahora Inés le pedía consejo, se los mandó sin añadir más palabra que la de la fecha. Inés los recibió como recibe la niña mimada una contradicción que sobremanera la irrita.

¡Esta no es la respuesta! ¿Habrás tonta?—decía Inés; y en vez de rumiar y meditar la carta, metiéndola dentro de un libro para no acordarse más de ella; más a pesar de ésto, el porfiado y empachoso gusanillo del remordimiento con voz

lenta y apagada, como la del tísico que se muere, le decía muchas veces á Inés en el fondo de su alma: Sí, esa es la contestación: léela despacio y lo verás.

Otras veces el gusanillo dejaba su voz lenta y apagada; y tomando voz de trueno se encaraba con ella y le decía con mucho desparpajo y con toda la amargura de la verdad: ¡Embustera! ¡Mentirosa! ¿Qué es lo que dices? ¿En qué piensas? ¿A quién tratas de engañar? ¿A Dios? ¡Insensata! ¿A Dios no puedes engañarlo, porque El ve tu corazón! ¿Quieres engañar al mundo? Pues el mundo conocerá tu hipocresía, y él te dará el pago. ¿Quieres engañarte á ti misma? Eso no lo conseguirás, ¡necia! porque aquí estoy yo, para decirte la verdad, hoy, mañana, siempre, eternamente, en esta vida y en la otra. Quieras ó no quieras te diré siempre la verdad, y la verdad es que Dios te quiere para sí toda entera en cuerpo y alma; quiere que te consagres á El y que seas toda suya y solamente suya: quiere que rechaces por su amor todos los amores, y que no busques pretextos para desobedecerle. Si tienes hermosura, riquezas, posición, compromisos y un porvenir muy brillante, todo eso lo ha puesto El á tu paso para que merezcas más, sacrificándose lo todo, porvenir, compromisos, posición, riquezas, hermosura, y una vida

de opulencia. ¿Lo entiendes? Y si se te ofrecen dificultades y embarazos, demasiado sabes tú que las obras de Dios están rodeadas de contradicciones y dificultades, de pruebas y de trabajos; pero que todo eso desaparece un momento, cuando llega el tiempo señalado por Aquél que tiene en su mano el corazón y la voluntad del hombre. ¿Me oyes? ¡Desdichada!

Demasiado que oía nuestra joven esta voz de su conciencia, pero la rechazaba con energía y decía que era una tentación; que el demonio á veces se trasformaba en ángel de luz, y que envidioso del bien que ella haría quedándose en el mundo, le atemorizaba con aquellas peroratas á ver si desistía. Llegó con esto al estado más triste á que puede llegar un alma piadosa, á tener por tentación las inspiraciones del cielo ó los avisos de la conciencia; y por inspiración divina las sugerencias del demonio, y los halagos del amor propio. Dios te libre, lectora mía, de tentación, que no parece tentación sino pensamiento prudente y razonable; porque difícilmente dejarás de caer en ella, si Dios no tiene de su mano. Por eso, cuando el demonio tienta á un alma piadosa, lo primero que pretende es que no le parezca ni lazo ni tentación lo que él le propone, sino cosa conveniente y

provechosa; y, como esto consiga él, todo lo tiene alcanzado. Cuando la tentación viene descubierta y cara á cara, cualquiera la rechaza y la vence, pero cuando viene vestida y disfrazada con el traje de virtud, de conveniencia y honor, ¿quién la rechazará?

Si el ladrón se presenta como es, nadie le acoge en su casa; pero si se finge amigo y trae muchas recomendaciones, ¿quién no le admite? Alerta pues, lectora mía, y al enemigo de tu alma, al ladrón de tus riquezas espirituales, no le des entrada en tu pecho, como se la dió nuestra pobre Inés.

Contrariada la niña y malhumorada con la respuesta de Flora, no quiso consultarla más: ni se acordó tampoco de aquel P. del Loreto, que tantos santos consejos le daba otras veces; pero en cambio, como no podía vivir tranquila, meditó, consultó y preguntó á otras personas; volvió á meditar, á preguntar y á consultar, y consultas, respuestas y meditaciones, todo apoyaba su resolución de casarse. ¡Claro! Preguntaba á las jóvenes del mundo, consultaba á sus iguales, y meditaba consigo misma: ¿qué extraño es, que todos coincidieran? Lo extraño, lo raro, lo incomprensible hubiera sido lo contrario, porque lo natural, lo probable, lo seguro y cierto es lo que la razón dicta, y lo que el Evangelio di-

ce: que si un ciego guía á otro ciego ambos caen en el hoyo. Por eso cayó, ¡quién lo pensara! ¿Quién se fiará de sí mismo? ¿quién tendrá seguridad de que una mujer será constante? Por eso cayó la ciega Inés donde verá el que leyere lo que sigue.



## CAPITULO XIV

De cómo Inés, al tercer ó más tropezón, vino á caer donde no quería.

NO dice la historia quién comunicó á José la nueva resolución de Inés, pero se sabe que llegó á sus oídos con la velocidad del relámpago, y apenas lo supo, fué á decirle que le cumpliera la palabra que le dió en otro tiempo, allá en el jardín de la quinta. Inés se halló al principio confusa y turbada; luchaba consigo misma, y padecía en su interior horriblemente. Estuvo enferma algunos días, y nadie sabe lo que entonces le pasó; más yo ví con mis propios ojos que apenas convalació, hubo una tertulia en casa de Agustín, y algo separados de los demás, arrimados á un veladorcito, conversaban Inés y el condesito amigablemente, mirándose el uno al otro con delicia inenarrable, pero delicia que dejaba en el corazón de ella una gota de amargura.

Allí se decían nuestros dos jóvenes todas las ternezas, todos los requiebros, y todas las tonterías que se han dicho todos los novios desde que los hay en el mundo: allí se decían y repetían todas las finezas, todas las necedades, todas las promesas, todas las sandeces y todas las majaderías que se han dicho y repetido todos los amantes en el transcurso de sesenta siglos que lleva el mundo de existencia; sin que aprenda ninguno de ellos, sin que ninguno escarminamente en cabeza ajena, sin que ninguno se persuada de que lo entendieron más bien que ellos, los santos que despreciaron esos pasatiempos insulsos para mejor servir á Dios. Y lo peor de todo fué, que mientras ellos se miraban, se reían y requebraban, el ángel de Inés estaba escribiendo entristecido en el libro de la vida estas fatídicas palabras: ¡Santidad frustrada! ¡Vocación mal correspondida!

Renuncio á describir aquí la satisfacción que Agustín sentía cada vez que veía conversando á los dos; el gozo que llenaba su alma cuando veía que José llamaba hermanito á Fernandín y hermana á Carmen: gozo y satisfacción tan grandes como el escándalo que la resolución de Inés causó en el vulgo devoto: ó como las murmuraciones de que ella fué blanco en todos los salones de Sevilla,

especialmente en aquellos en que reinaba alguna vana deidad, que en vano pasaba en el tocador las tardes enteras para merecer luego una mirada del condesito; porque éste, más juicioso que los otros jóvenes de su edad, nunca pensó en elegir para compañera de su vida á una mujer casquivana, ya fuera ojinegra, ya pelirrubia. Lo que sí quiero dejar consignado (aunque no sea necesario, porque se deja entender fácilmente) es que Inés entabló sus relaciones con el Condesito, dejándose llevar de miras humanas, de un cálculo asaz mezquino, por conveniencia, y sin amarle; pero que á los pocos días estaba enredada en el fuerte lazo del amor, y enamorada locamente de José.

Nunca había conocido ella más amor que el de la familia, el afecto tierno que profesaba á sus hermanos, el respetuoso cariño que tenía á sus padres y la fina amistad que le unía con un reducido número de personas; mas pronto conoció, vió y sintió que había otro amor superior á todos aquéllos, otro amor que lleuaba plenamente su corazón, haciéndole gustar emociones desconocidas, y esos sueños de color de rosa en que sueña despierta la juventud enamorada ¡Pobre Inés! La palomita había caído en el lazo, la ovejita se había enredado entre las zarzas, y si el pas-



tor no acudía á sacarla, perecería sin duda devorada por el lobo. Todavía, haciendo ella un esfuerzo podía salir de los zarzales y romper el lazo que la aprisionaba, pero lejos de hacerlo así, cada día se enredaba más en el lazo que le armó el infierno para que errara su vocación.

Dios tiene prometido en la escritura santa ser fiel y no consentir que el alma sea tentada sobre sus fuerzas. El la ayuda en la tentación para que no caiga, y si por desgracia cae, le da la mano para que se levante: así el alma nunca podrá quejarse de Dios con razón, y Dios podrá argüirle en el día de la cuenta, de que si erró su vocación ó vivió mal, fué por sola su culpa y su mala voluntad. Viendo, pues, el amante Jesús que su paloma estaba ya presa en las redes del mundo, le envió un auxilio extraordinario para que con él pudiera romper los lazos que la ataban y volara libremente al antiguo nido de sus amores, nido que ella misma había formado dentro del divino Corazón.

Este auxilio fué una carta que recibió Inés cuando menos lo pensaba. Apenas se la entregaron, comenzó á mirar el sobre con mucha curiosidad, porque la letra no le era desconocida, aunque de pronto no podía adivinar de quién fuera. Miró el sello, y en el timbre que

lo inutilizaba leyó: *Villanueva del Ariscal*. ¡Ah! exclamó: ¿Si será de mi amiga Isabel la que quería ser capuchina? ¿Si le estará pasando lo que á mí? ¡Pero qué tonta soy! ¿Tengo más que abrirla y salir de dudas? Y diciendo y haciendo, rompió el sobre y comenzó á leer. Ee seguida empezaron á temblarle las manos y á ponerse pálida, lo cual observó Carmen, y se acercó preguntándole:

—Pero chiquilla, ¿qué es eso?

—¡Nada! una carta del P. Fray ... me convidará para que vaya á la función;— y sin decir más se metió en su cuarto y cerró por dentro para leer la carta.

Supongo que tú querrás saber lo que la carta decía, ¿no es verdad, lector curioso? Pues voy á darte gusto, porque ella es un modelo de elocuencia y de literatura clásica, digna de figurar entre las obras del P. Granada ó de Fray Luis de León. Decía así:

Convento de Nuestra Señora del Loretto á 15 de.....

Señorita Inés de.....

Carísima en Cristo: muchos años llevo ya en este dulce retiro del claustro, gozando de una paz consoladora y de una alegría santa, interrumpida rara vez por los azares de la vida ó por las vicisitudes del mundo; pero nunca he

visto turbada mi paz ni apenada mi alma, hasta estos días en que he sabido tus ingraticudes para con Dios y esa tu mudanza que ha entristecido á los ángeles y escandalizado á las almas buenas. ¡Válgame Dios, Inés! ¿Dónde están aquellos días en que tú venías aquí á consultarme tu vocación? ¿Dónde la promesa que hiciste ante la Inmaculada de ser toda y siempre de su Hijo? ¿Dónde aquel juramento solemne de no tener en la tierra más esposo que Jesucristo? ¡Ay de mí! planté en mi jardín un arbolito hermoso, con el designio de consagrar sus flores y sus frutos al Creador de todo; y veo ahora muerto ese árbol y próximo á ser devorado por las bestias del campo. Regaba yo con esmero un blanco lirio, una mata de azucenas, para depositar sus flores en manos del Esposo de las Vírgenes, y veo ¡qué dolor! veo que el lirio se deshoja, y que las azucenas van á ser cortadas por manos profanadoras. ¿Quién, hija mía, mudó tu pensamiento? ¿quién tu corazón? ¡Ay! que yo puedo hoy llorar sobre tí, como Jeremías sobre Jerusalén diciendo: *¿Quomodo obscuratum est aurum?* ¿Cómo se ha convertido en escoria el oro puro? . . . . . Bien sabes tú que es justa la causa de este mi llanto, y por eso te escribo, á vez si mis voces te despiertan del letargo en que te hallas.

Acuérdate, Inés, de que Dios me ha dado para contigo corazón de Padre, y que esto, junto con la ilimitada confianza que en mí tenías, es lo que me mueve á escribirte. Toma, pues, mi carta como uno de aquellos santos consejos que en otro tiempo te daba; y no lleses á mal estas advertencias paternales de un ser que mucho te quiere y que sólo desea tu felicidad. Y ante todo, dime, Inés, ¿qué falta, qué mengua ó que falta has hallado en el Esposo de tu alma para que quieras divorciarte con él y tomar otro? ¿Has olvidado aquellas voces que mandó dar Dios á un profeta diciendo: toda carne es heno, y toda su gloria como flor del campo que hoy es y mañana se marchita y muere? Vanidad es, hija mía, toda criatura, y en ninguna hallará hartura tu corazón. Caña quebrada es para tí todo hombre, y como en ella te apoyes, caerás y te herirás las manos.

Pues si tienes alguna causa para divorciarte con el Esposo divino, dímela para sosiego mío; y si no la hay, ten entendido que El se afrentará de que lo dejes por otro, y te castigará severamente, tan severamente como ha castigado á otras que tú conoces, y que no quiero nombrar aquí. Escarmienta en cabeza ajena, si no quieres presenciar tu

desdicha, viendo agostado tu vergel, seca y muerta la flor de tus amores.

¿Cuánto mejor sería que mudando de consejo te afirmaras en tu propósito, imitando á la muchedumbre de santas doncellas que estimaron en tanto la virginidad y amaron tanto á Jesucristo, inspirador de ella, que ni amenazas, ni dádivas, ni tormentos las pudieron separar de El? ¿Cuánto mejor sería que á imitación de la gloriosa y heroica santa, cuyo nombre llevas, sufrieras el martirio antes que entregar tu mano á un simple mortal, quebrantando la fe prometida al Esposo divino? Ella más quiso ser atormentada que infiel á su Dios; y antes que entregar su mano al príncipe que la pretendía, entregó su cuello á la espada del verdugo. Perdió en la demanda la vida temporal y terrena, es verdad; pero ganó la celestial y eterna. Y á buen seguro que no está de ello arrepentida, pues cuanto más padeció por guardar la fe debida á su primer Esposo, tanto más copiosamente ha sido galardonada por El con delicias tan inefables y bienes tan verdaderos que el menor de ellos vale más que todo lo que aquí pudo tener, aunque se hubiera casado con el mismo Emperador de Roma.

Ya sabes, Inés, que pasa presto la figura de este mundo, que aquí se acaban

pronto los placeres y los señoríos también; y que la mujer que ayer andaba muy rica, y acompañada, y servida, y estimada, y llamada *Condesa ó gran señora*, mañana se muere y cesa todo, y se acaba todo, y nadie se acuerda más de ella; pero tu santa que despreció todo eso, recibió el ciento por uno y reina hoy en la gloria, y es aclamada y celebrada en todo el mundo.

Pues siendo esto así, ¿cómo vacilas y dudas? ¿Quién jamás dudó al elegir entre lo temporal y lo eterno, entre lo terreno y lo celestial, entre el oro y la escoria, entre Dios y el hombre mortal? ¿Qué es esto, Inés? ¿Has olvidado que el matrimonio puebla la tierra y la virginidad el cielo? Si lo haces por un título de nobleza, ¿quién puede ennoblecerte más que el Rey de la gloria? Si lo haces por tener una parentela ilustre, ¿qué timbre más alto que el de tener por madre á la Emperatriz del cielo, y por Esposo al Unigénito del Padre? Y, si lo haces por riqueza, ¿quién puede enriquecerte tanto como Aquél que tiene en sus manos todos los tesoros de la tierra? ¿Quién habrá que por alcanzar estos bienes no desprecie los otros? Tú misma conoces á muchas que por desposarse en el claustro con Jesucristo, despreciaron en el mundo un casamiento

brillante; pues, ¿por qué no has de hacer tú lo que otras han hecho?

Vuelve en tí, Inés, que aun es tiempo. Llama en tu socorro al Esposo de tu alma y á su purísima Madre; toma por abogada á una de las vírgenes que sufrieron el martirio por conservar su pureza; no dejes la oración y la frecuencia de sacramentos; divórciate con el mundo y apártate de la compañía de los hombres. Ya que Dios te ha hecho la señalada merced de conservar hasta hoy tu inocencia en medio de mil peligros; ya que esa nave de tu alma cargada de riquezas celestiales salió libre de aquellas recias tormentas que la combatieron en alta mar, no seas tan precipitada que vayas á naufragar á vista del puerto, anegando en sus amargas aguas ese tesoro de la virginidad que hasta ahora habías guardado. Si así lo haces, si renuncias al mundo por Dios, habrá también regocijo en el cielo por la renovación de tu propósito, como lo hubo cuando lo hiciste por la vez primera. Con eso Jesús te recibirá de nuevo por esposa, darás buen ejemplo á los que ya se han comenzado á escandalizar, y algún consuelo al afligido corazón de tu affmo. y antiguo Padre

FRAY....

Cuando Inés acabó de leer la carta temblaba toda de pies á cabeza, sin saber por qué. Quería enfadarse, y no podía, quería indignarse y no sabía contra quien, si contra sí misma, contra José ó contra el autor de la carta que tanto le había impresionado. Reclinó su fatigada cabeza sobre el almohadón de su lecho, y experimentó en su interior una lucha horrible en la cual no pronunció más palabras que éstas: Dios mío, ¿qué hago? ¿qué hago?... .. y lo que hizo fué levantarse de prisa y guardar la carta en su baúl, porque sintió pasos en la sala inmediata y temió que fuera su padre que venía á rompérsela. Y en efecto, si Agustín lee aquella carta, la hace mil pedazos; y no digo yo la carta, el hábito del primer fraile del Loreto que se le hubiera puesto delante lo hace él pedazos, y gracias que se hubiera contentado con eso.

De seguida avisaron á Inés que su amiga Concepción la esperaba; un poco más tarde se reunió la tertulia, y ella conversaba á solas con el condesito, muy alegre y satisfecha, como si tal cosa hubiera pasado. ¿Has visto tú, que esto lees, á una persona caída en un barranco, haciendo desesperados esfuerzos por salir de él? ¿Has visto cómo se agarra de la primera mata que halla á mano y comienza poco á poco á subir?

¿Y has visto cuando la planta se arranca ó él la suelta, cómo el infeliz cae rodando y se hunde más en aquel precipicio? Pues eso mismo le pasó á Inés. Para eso le sirvió el auxilio que Dios le proporcionó, mediante aquel buen religioso del Loreto, que fué el primer director de su conciencia.

Pero dejémonos de reflexiones y sigamos nuestra historia.



## CAPITULO XV

### Un sueño y una realidad.

**S**ABIDA cosa es, que Dios nuestro Señor reúne en sí las perfecciones de las criaturas todas, y todos los títulos de amor y veneración que en ellas hay. Por eso los libros santos nos lo pintan, ya como un padre que recibe con los brazos abiertos al hijo pródigo y desagradecido, de quien sólo recibió ingraticudes y desprecios; ya como un pastor amante que busca solícito la oveja perdida, alegrándose y regocijándose cuando la encuentra; ó bien como un esposo enamorado, que llama de noche á la puerta de su amada, esperando sentado en los umbrales á que ella le abra, dando un golpe y otro, y una aldabada y otra, hasta que conoce claramente que la ingrata le oye y no le quiere responder; y entonces se marcha entristecido, no tanto por el desaire sufrido, como por los bienes que pierde el alma necia